

Teatro de las Naciones

# OPERAS PARA SOFOCLES Y GARCIA LORCA



Por JOSE MONLEON

«Edipo, Rey», de Carl Orf, presentado por la Opera de Stuttgart. Basado en la obra de Sófocles.

**E**L Teatro de las Naciones cerró el ciclo del Recamier y saltó a la escena del Sarah Bernhardt. Liquidó, pues, su etapa de teatro íntimo para entrar en la fase de los grandes espectáculos líricos y dramáticos.

La Opera de Stuttgart ha marcado el nuevo signo; en puertas está ya la «Royal Shakespeare Company», dirigida por Peter Brook, con Paul Scofield de primer actor. A Peter Brook se le echaba de menos en el Teatro de las Naciones desde aquel memorable «Tito Andrónico», que interpretaron Laurence Olivier y Vivien Leigh; ahora, con «El rey Lear», tendrá la gran oportunidad para demostrar hasta qué punto estaba justificada la afianza...

Las dos últimas compañías que han trabajado en el Recamier han sido el Teatro Independiente de Méjico y el Ballet Scapino de Holanda.

## méjico

Es curiosa la coexistencia de una corriente de chauvinismo pueblerino y otra del mejor humanismo dentro de la cultura y la vida francesas contemporáneas. Al tiempo que unos cuantos tienen prisa por evolucionar la historia y acabar con determinados esquemas nacionalistas, los hay que siguen dispuestos a bendecir y condenar como si París fuese el certificado de una maravillosa ciencia infusa. En este aspecto, creo que el Teatro de las Naciones está desarrollando una generosa y difícil labor: son todavía muchos los que van al Sarah Bernhardt o al Recamier como, en su día, debieron ir los críticos de baile a ver a Nijinski. Se trata, en suma, de decidir si tales o cuales manifestaciones artísticas pertenecen o no a «la cultura Occidental», o, en última instancia, si desde esta cultura cabe o no «darles la bienvenida».

Frente a ellos, hay otro grupo, cada vez más numeroso, que parece más dispuesto a escuchar y aprender que a adoctrinar. Son los que preguntan, los que van teniendo conciencia de la diversidad cultural y, por tanto, de la diversidad de justificaciones éticas y estéticas de una obra de arte. Son, en alguna medida, la consecuencia y el motor de ese teatro de las Naciones, que tanto honra a Francia, y en el que Claude Planson desarrolla una labor de repercusiones incalculables.

Los mejicanos han presentado dos piezas: «Los fantoches», de Carlos Solórzano, y «La hora de todos», de Juan J. Arreola, ambas dirigidas por Antonio Passy. Ambas han sido mal calificadas por la crítica académica o tradicional. Desde la «dulce Francia», o mejor, desde la cultura dulce de Francia, los gritos encerrados en tales dramas han parecido de mal gusto. Su sentido «anti-yanqui», su valor anticapitalista —teatro social, como decimos en Madrid— han desconcertado en lugar de dar una pista. Para cierta actitud cultivada, las obras de los mejicanos han parecido rematadamente ingenuas; otros, en cambio, han tenido la lucidez de pensar que esta supuesta ingenuidad se sustenta en situaciones que el francés desconoce o sólo conoce de oídas.

El resumen global ha sido honroso. Siquiera porque a los defectos señalados a las obras hay que oponer dos datos de signo inequívocamente positivo: primero, la existencia de una dramaturgia moderna mejicana, y, segundo, la calidad media de los intérpretes.

## holanda: una lección increíble

Es seguro que en muchos países un ballet como este de Scapino sería inviable. Se trata de un ballet para niños, compuesto por unas veinticinco jóvenes figuras de la danza. Su objetivo: presentar versiones balísticas de cuentos famosos a todos los niños de Holanda.

La calidad técnica de los bailarines es excelente. Las coreografías, llenas de sentido y de gracia. Pero, como persona formada —o deformada— dentro de otra realidad teatral, el resultado alcanzado por el Ballet Scapino me resulta casi milagroso. Uno piensa a cada instante que con aquellos bailarines podrían hacerse mayores cosas; otras veces, nos preguntamos si los niños llegarán a participar en aquel tipo de espectáculo... Las aclaraciones dadas por el director en la conferencia de prensa no hacen sino certificar el hecho insólito: unos ciento cincuenta mil niños holandeses se benefician anualmente de las actuaciones del Ballet Scapino.

Todos los pedagogos están de acuerdo: a las ventajas señaladas al teatro, el ballet agrega otras nuevas, como son despertar en los muchachos un sentido del ritmo corporal, una educación musical y un gusto a lo fantástico que resulta aquí mucho más fácil de cultivar que en los dramas escritos.

## orf, primera noche en el sarah bernhardt

El teatro de la plaza Chatelet se emperifolla. La gran actriz Simone Signoret ha dejado la sala hace apenas una semana. Desde hace varias noches, Gunter Rennert, el más celebrado director escénico del teatro lírico internacional, ensaya casi ininterrumpidamente. Al Sarah Bernhardt han llegado cerca de las doscientas personas de la Opera de Stuttgart. Traen a París dos estrenos: «Edipo, Rey», de Orf, y «Bodas de sangre», de Wolfgang Fortner.

Hay muchas banderas en los palcos. Se respira esa «conciliación franco-alemana» en nombre de la cual De Gaulle lleva consumidos muchos discursos. Se ve en seguida que la «Francia oficial» ha intentado hacer de la noche de «Edipo, Rey» un triunfo diplomático. Nadie se opone a ello. Quiero decir, nadie de cuantos forman el «mundo teatral francés» en el que es general la admiración hacia el teatro alemán de nuestro tiempo. Al menos a la gran disciplina profesional de sus compañías, a la municipalización de sus mejores salas, a Rennert y a Brecht, por citar dos hombres muy distintos y que, sin embargo, encarnan esa responsabilidad de los mejores hombres del teatro alemán.

El teatro está lleno. Segundos antes de empezar la representación, se cierran las puertas de acceso. Durante las dos horas y media que dura la ópera, sin ningún entreacto, nadie podrá salir ni entrar en el Sarah Bernhardt. El más mínimo ruido será considerado como un atentado.

Fue en noviembre del 60, cuando la Ópera de Stuttgart dedicó un gran homenaje a Carl Orf que cumplía entonces los sesenta y cinco años. Presentó varias de sus obras: «La luna», «Trilogía» («Carmina burana», «Catulli Carmina» y «Triunfo de Afrodita») y «Antígona». El homenaje se cerró con el estreno de «Edipo, Rey», que ahora hemos visto en París interpretada por los mismos que la estrenaron.

## teatro lírico

Raro va siendo el drama verdaderamente importante que no haya encontrado el músico tentado de tomarlo como base de una ópera. Desde los tiempos en que Wagner hablaba de la ópera como teatro total, las cosas han seguido su curso lógico. Antes de dar la pluma a los libretistas, es natural que los compositores empiecen por plantearse la posibilidad de encontrar el punto de fusión entre su música y la letra de las mejores tragedias. Hay además otra razón para que esta fusión se aborde: el drama aparece como fuente inspiradora del músico. Hay unas situaciones teatrales y unos personajes previos al compositor, por los cuales de buena gana el verdadero músico sacrificaría todos sus compases. Ahí está, por ejemplo, Edipo, enterándose poco a poco —estableciendo deducciones, ligando confidencias—, de que Yocasta es su propia madre. Para Carl Orf no hay más que un objetivo: crear la realidad lírica equivalente, mostrar ese proceso de Edipo, hacer transparente al personaje, hacer más rotundo su drama. Buscar y rebuscar la «sonoridad» del drama de Edipo, a través de arpas, instrumentos de percusión, vibráfonos, música electrónica... he aquí el trabajo de Orf.

La labor de Rennert ha debido ser extraordinariamente difícil. No se trata de tener a grandes cantantes en los personajes; ésta es sólo una parte del problema. Se trata, según hemos visto, de disponer de buenos actores, capaces de materializar una realidad escénica a cuyo servicio se pone la música. La ópera de Orf, en la dirección de Rennert, es una representación que debe «verse y oírse» y de la que los discos sólo podrán dar parcial testimonio. El coro, por ejemplo, está más cerca de un coro de tragedia que de un coro de ópera.



«Bodas de sangre», de Wolfgang Fortner, inspirado en la obra de García Lorca.

En cuanto a «Bodas de sangre», habría que repetir mucho de lo señalado, con la diferencia que va de Carl Orf a Wolfgang Fortner. Espléndidos decorados, iluminados con enorme talento. Se nota en seguida que «la Andalucía de Lorca» —casas de cal y mujeres enlutadas— es algo que todo el mundo conoce muy bien y que ha asomado a los escenarios de las cuatro esquinas de la tierra.

Por la tarde, horas antes de ir a la ópera, he visto un documental sobre nuestra guerra civil. En la banda sonora brotaban versos de Federico; en la pantalla, asomó también un momento su rostro de muchacho triste...

## enrique llovet

En la Universidad del Teatro de las Naciones, extensa conferencia de Enrique Llovet, seguida de amplio coloquio. Fue un éxito completo para nuestro compañero. Por su honestidad de juicio, por su documentación, por el valor con que respondió a todas las preguntas. Enrique Llovet señaló la existencia de una joven y prometedora dramaturgia —Muñiz, Lauro Olmo—, alineada tras los nombres de Buero Vallejo y Alfonso Sastre; y de la que hay que esperar importantes aportaciones.



«Los fantoches». Teatro Independiente de Méjico.



Ballet de Scapino para niños, presentado por Holanda.